LA BROMA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

30500

LA BROMA

MEMORIAS DE UN BROMISTA

Vivimos en un siglo en que los bromistas tienen aspecto de enterradores y se llaman: políticos. Ya no se hace broma, buena broma, esa broma alegre y sencilla del tiempo de nuestros padres. Y, sin embargo, ¿hay algo más divertido y gracioso que la broma? ¿Hay algo tan distraído como burlarse de las almas crédulas, reirse á costa de los necios, engañar á los más listos y hacer caer en la trampa á los más astutos, en una trampa inofensiva y cómica? ¿Hay algo más delicioso que burlarse con ingenio de la gente logrando que ella misma se ría de su candidez, ó bien, si se enfada, vengarse jugándole una nueva broma?

¡Cuántas, cuántas bromas he hecho en mi vida!

Y también he soportado algunas muy graciosas. Sí, algunas hice verdaderamente tremendas. Una de ellas causó la muerte de una de mis víctimas. No fué mucho lo que se perdió. Algún día la explicaré; pero ahora no sé cómo hacerlo, porque el asunto es peliagudo á más no poder, créanme ustedes. Se verificó en un pueblecillo de los alrededores de París. Todos los testigos de ella lloran aún de risa por más que costó la vida á la víctima. ¡Paz á su memoria!

Hoy quiero contar dos: una que padecí yo, otra que le jugué á una vieja.

Empecemos por la primera, que me parece menos graciosa, quizá porque representé el papel de víctima.

En otoño acostumbraba á ir á cazar á una quinta de Picardía, propiedad de unos amigos. Estos eran bromistas empedernidos, pues sólo con bromistas me trato.

Cuando llegué me hicieron una recepción tan calurosa, que empecé á desconfiar. Dispararon escopetas, me abrazaron, me mimaron como si esperasen divertirse á mi costa y yo me dije: «Atención, amigo mío; alguna cosa han tramado».

Durante la comida la alegría fué extremada, harto ruidosa. Y pensaba: «Esta gente se regocija demasiado sin razón aparente. Deben esperar algo sonado, una trastada magistral. De fijo que me la jugarán á mí. Estemos alerta».

Durante toda la velada se rieron de un modo exagerado. Presentía una broma, como el perro huele la caza. Pero ¿cuál? Estaba apercibido, inquieto, no dejaba de analizar ni un ademán ni una palabra. Todo me parecía sospechoso; hasta la cara de los criados.

Dió la hora de acostarse y me condujeron á mi cuarto procesionalmente. ¿Por qué? Me dieron las buenas noches. Entré, cerré la puerta y no adelanté un paso; permanecí con la palmatoria en la mano.

Oía reir y cuchichear en el corredor. Sin duda me espiaban. Yo miraba las paredes, el techo, el suelo, los muebles. No advertí nada sospechoso. Oí pasos junto á la puerta. Sin duda me miraban por la cerradura.

Se me ocurrió una idea: «Acaso me apaguen la luz de pronto y me dejen á obscuras». Encendí todas las bujías de la habitación. Miré de nuevo en torno; pero no vi nada alarmante.

Di una vuelta por la habitación, despacito. Nada. Examiné todos los muebles y objetos. Nada. Me

acerqué á la ventana. Las hojas de madera estaban abiertas. Las cerré con cuidado, corrí las cortinas, que eran de pesado terciopelo, y puse una silla detrás de ellas para no tener nada que temer de fuera.

Entonces me senté con precaución. La butaca era sólida. No me atrevía á meterme en cama. Pero pasaba el tiempo y comprendí que estaba haciendo un papel ridículo. Si me espiaban, como creía, para ver el buen éxito de la broma, debían reirse á carcajadas de mi terror.

Resolví, pues, acostarme. Pero la cama era lo que más recelos me inspiraba. Tiré del pabellón. Parecía bien afianzado. Allí estaba, sin embargo, el peligro. Acaso iba á recibir una ducha helada del cielo de la cama, ó bien, apenas acostado, me hundiría con los colchones. Pensaba en todas las bromas hechas y por hacer y no quería ser víctima de una de ellas.

Entonces se me ocurrió una precaución que juzgué soberana. Cogí suavemente el colchón y las sábanas y colcha y los arrastré al centro del cuarto, arreglándolo todo como mejor pude, lejos de la alcoba sospechosa. Luego apagué todas las luces y volví junto al colchón y me acosté á obscuras.

Permanecí una hora despierto por lo menos, es-

tremeciéndome al menor ruido. Todo parecía tranquilo en la quinta. Me dormí.

Debí dormir mucho tiempo y con sueño profundo; pero de pronto me desperté sobresaltado sintiendo la caída de un cuerpo pesado sobre el mío y, al mismo tiempo, recibí en la cara, en el cuello, en el pecho un líquido caliente que me hizo lanzar un grito de dolor. Y un ruido espantoso, como si cayera un aparador cargado de vajilla, atronó mis oídos.

Me ahogaba bajo la masa que me cayera encima y que no se movía. Tendí las manos para reconocer qué era aquello. Encontré una cara, una nariz, unas patillas. Entonces asesté un puñetazo magistral al intruso. Pero inmediatamente recibí una serie de bofetones que me hicieron saltar de un brinco, de la cama mojada y escapar, en camisa, al corredor, el cual veía por la puerta abierta.

¡Oh estupor! El sol estaba alto. Acudieron al ruido y hallaron, de bruces sobre la cama al lacayo que me traía el té. Al tropezar con mi cama improvisada, me cayó encima, vertiéndome, bien á su pesar, el almuerzo sobre la cara.

Las precauciones tomadas de cerrar la ventana y

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

de acostarme en mitad del cuarto, me habían jugado la temida broma.

¡Cuánto se rieron mis amigos!

* * *

La otra broma que quiero contar data de mi primera juventud. Tenía quince años y pasaba las vacaciones con mis padres en una quinta de Picardía.

A menudo teníamos de visita una vieja señora de Amiens, regañosa, insoportable, mogigata y vengativa. No podía tragarme y aprovechaba todas las ocasiones para fastidiarme. ¡Buena bruja estaba!

Se llamaba la señora Dufour y llevaba una peluca muy negra, aun cuando ya tenía más de sesenta años, y se colocaba sobre aquel apéndice piloso, una ridícula cofia blanca con lazos de color de rosa.

Se la respetaba porque era rica. Yo la detestaba cordialmente y decidí vengarme de ella.

Acababa de examinarme de química y me habían sorprendido los efectos de una substancia que se llama fosfuro de calcio, la cual, echada al agua, se inflama, detona y lanza un humo blanco muy pestilente. Había podido procurarme algunos puñados de aquella droga y me prometía divertirme en grande con ella.

Tenía un primo de mi misma edad. Le comuniqué mi proyecto; pero le asustó mi audacia.

Una noche, mientras toda mi familia estaba reunida en el salón, penetré furtivamente en la habitación de la señora Dufour y me apoderé (perdón, señoras) de un recipiente de forma redonda que se acostumbra á colocar cerca de la cama.

Después de asegurarme de que estaba bien seco, deposité en su cavidad un puñado, un gran puñado de fosfuro de calcio.

Luego fuí á ocultarme en un rincón esperando el momento oportuno. Gran ruido de voces y pasos me indicó que todos se retiraban. Entonces, con grandes precauciones y descalzo fuí á mirar por el ojo de la llave á mi enemiga.

Se desnudaba despacio y dejaba con cuidado las

prendas de ropa. Se despojó de ellas y se puso un largo peinador blanco que parecía pegado á sus huesos. Tomó un vaso, lo llenó de agua y hundiendo una mano en la boca, como si quisiera arrancarse la lengua, sacó de ella algo blanco y sonrosado que dejó en el agua. Tuve miedo como si presenciase algún misterio vergonzoso y terrible. Era la dentadura postiza.

Luego se quitó la peluca negra y apareció su cráneo casi pelado con unos pocos cabellos blancos, y casi no pude contener la risa: tan rara era aquella cabeza. Luego rezó, se levantó, se acercó al instrumento de mi venganza, lo dejó en el suelo en mitad de la habitación y poniéndose en cuclillas, lo cubrió enteramente con el peinador.

Esperaba yo palpitante. Ella estaba tranquila, parecía contenta. Yo esperaba... también contento como quien va á vengarse.

Oí primeramente un ligero ruido, como un chapoteo, luego una serie de detonaciones como un fuego graneado lejano.

En un instante se transformó de un modo horroroso y sorprendente el rostro de la señora Dufour. Sus ojos se cerraron, se abrieron, volvieron á cerrarse y luego se levantó de pronto con una ligereza de la que no la creyera capaz y miró...

El cachivache blanco crepitaba, detonaba, se inflamaba, y un humo espeso, misterioso, horrible como el de un sortilegio, subía hacia el techo.

¿Qué debió pensar la pobre mujer? ¿Imaginó que aquello era una treta del diablo? ¿Que padecía una enfermedad espantosa? ¿Creyó que aquel fuego que había salido de su vientre iba á roerle las entrañas ó explotar como un volcán?

Permanecía en pie, aterrorizada, mirando el fenómeno. Luego, de pronto, lanzó un grito estridente y cayó de espaldas.

Escapé y me metí en la cama y cerré con fuerza los ojos, como para probarme á mí mismo que no había hecho ni visto nada, que no me había movido de mi cuarto.

Me decía: «Está muerta. La he matado.» Y escuchaba con ansiedad los ruidos de la casa.

Todo eran idas y venidas y cuchicheos; luego oí que se reían; luego recibí una tanda de bofetones aplicados por la mano paternal.

Al día siguiente la señora Dufour estaba muy pálida. A cada instante bebía agua. Acaso, y á pesar de lo que afirmaba el médico, trataba de apagar el fuego que creía encerrado en sus entrañas.

Desde aquel día, cuando hablan delante de ella de

enfermedades, lanza un profundo suspiro y murmura: ¡Oh, señora! ¡Si usted supiese! ¡Hay enfermedades tan raras!...

Y nunca se explica con más claridad.

EN OTRO TIEMPO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO